

mos en sacar mis vistas. Muchas veces he pensado buscar un auxiliar, pero hasta hoy no había encontrado sino ingleses, y ya sabe V. que ellos y los rusos se llevan como perro y gato.

— ¿Por qué?

— Porque, según le he dicho antes, los ingleses tienen la idea de que los rusos desean penetrar en el Indostán y destruir su imperio asiático; pero dejémoslo. ¿Quiere V. venir conmigo? Le aseguro que ganaremos bien nuestra vida. Á menudo tengo que dejar de hacer muchas cosas porque me falta una persona que me ayude. ¿Acepta V.?

En la posición de Miguel era demasiado ventajosa la proposición para rechazarla. Así fué que una hora después, ambos amigos se encontraban instalados en un pequeño *bungalow*, y al rayar el alba de la mañana siguiente, tomaban el tren que debía conducirlos á *Elora*.

XCI. — ELORA. — UN TEMPLO DE UNA SOLA PIEDRA.

Como *Elora* está situada á cierta distancia de la estación, los dos jóvenes alquilaron una de las pequeñas carretas tiradas por bueyes, que se usan en el país, y fueron á visitar los templos derruidos que son célebres en toda la India. Iván quería tomar vistas de ellos.

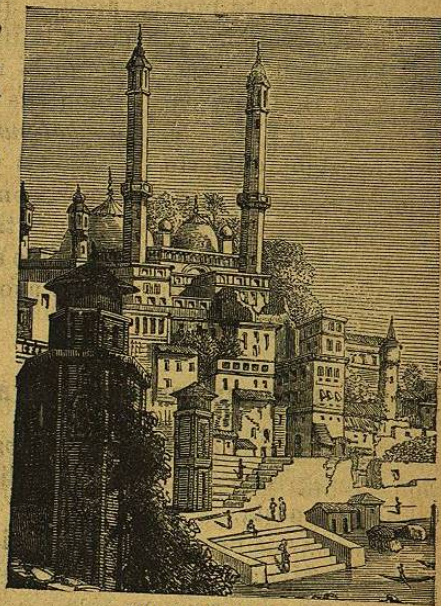
— ¡Cuánta piedra ha habido que reunir aquí! exclamó Miguel al llegar, cuando un guía los llevó delante de un edificio de figura piramidal truncada, y que no obstante los estragos del tiempo conservaba aún imponente majestad.

— En mi país preguntan en broma, contestó Iván, cuántas escaleras se necesitarían para ir de la tierra á la luna, y la respuesta es que basta una con tal de que tenga tamaño suficiente. Lo mismo

pasa aquí. Ha bastado una piedra para construir este edificio y los que están en torno suyo. La piedra era de tamaño suficiente.

— ¡Una piedra! ¡Nada más que una! dijo Miguel. ¿Cómo se explica?

— Todos los templos de *Elora* son *monolíticos*, esto es, trabajados en un solo trozo de piedra, trozo que es la montaña misma, la cual ha sido tallada, vaciada, excavada, esculpida, cincelada. No sólo se han practicado en ella subterráneos, sino que se han practicado además esas anchas vías á cielo abierto que separan unos de otros los templos. Ha sido prodigioso lo que ha habido que



Un palacio de la India.

extraer de piedra; nosotros no vemos sino parte de esas construcciones, que se extienden tres ó cuatro kilómetros debajo de la montaña.

Más admirable todavía que la magnitud de esos edificios es su belleza. Mirad esas hileras de animales fantásticos, elefantes, leones, tigres, agrupados en diversas actitudes y que parecen sostener estas murallas. Es prodigiosa la manera como esos balcones, esos pabellones y esos obeliscos han sido tallados. En esa

inmensidad de columnas no hay dos que se parezcan.

Mientras hablaba así, Iván examinaba las ruinas con entusiasmo, extasiándose, deteniéndose de tiempo en tiempo para admirar un detalle de las esculturas ó un efecto de luz en las sombrías bóvedas.

— ¡ Cuando se piensa, añadió, que estos no son los únicos templos que hay en la India, que existen otros tan bellos ó casi tanto en la isla de *Elefanta*, cerca de Bombay, en la montaña de *Adjanta*, en *Gwalior*, en *Karli*, en *Mahabalipur*, y que además el país estaba cubierto de pagodas y palacios á cual más espléndido ! Hay ciudades, como *Djudpur*, que cuentan cuatrocientos y *Benarés* tiene más de mil.

Sin embargo, como no había ido á Elora sólo para admirar, acabó por disponerse á fotografiar el frontis principal.

XCL. — EN EL SUBTERRÁNEO. — EL HILO DE ARIADNA.

La admiración de Iván por las *construcciones búdicas* (consagradas á *Buda*, ídolo indio) estuvo á punto de serle funesta.

Una vez que terminó sus operaciones fotográficas, dejó que Miguel arreglara el material, y penetró solo en los subterráneos. Cuando quiso salir, no encontró el camino. Notando su error, quiso volver sobre sus pasos ; pero, según sucede casi siempre en tales ocasiones, al querer acercarse á la entrada penetró más y más en las galerías ; al fin comprendió con espanto que se había extraviado. Llamó, pero sólo le contestó el eco de las bóvedas profundas mezclado con unos ruidos confusos que le parecieron producidos por un torrente ó por el viento que penetraba en las cavernas.

Lleno de perplejidad y muy inquieto, se paró sin

saber hacia donde ir. La oscuridad era profunda ; sacó su caja de fósforos y encendió uno. La claridad le permitió ver, sentado en el fondo de un nicho, un personaje que su imaginación sobrecitada le hizo tomar primero por un ser vivo ; pero antes de que la cerilla se apagara, reconoció una estatua de *Buda*. También se pudo dar cuenta de que el subterráneo penetraba hasta interminables profundidades. Al mismo tiempo observó el ruido singular que notara antes y que parecía acercarse. ¿ Qué sería ?

Encendió otro fósforo para no verse expuesto á caer en alguna grieta ó á chocar contra una columna, y penetró en una especie de galería que tenía delante. Al cabo de unos minutos chocó con la pared de la roca ; prendió otra cerilla, pero la tentativa para ponerse en camino resultó nuevamente infructuosa. Así gastó toda la caja.



Por fin recordó que llevaba encima un pequeño revólver, arma necesaria en los viajes cuando se va solo, pero que en la India no se necesita, á lo menos contra los naturales del país, pues los blancos son demasiado respetados para que se atrevan á causarles el menor daño.

Sacólo y disparó un tiro, pensando que si bien no habían oído su voz, quizás oirían la sonora del arma. El ruido de la detonación se prolongó por las bóvedas, repercutiendo en cada columna ; pero después quedó todo oscuro y silencioso. El ruido que había notado antes, cesó en el momento del tiro ; pero

no tardaron en reproducirse más vivos que antes y el pobre muchacho creyó reconocer los terribles aullidos del tigre.

No obstante el escaso resultado de su primera tentativa, hizo otro disparo y escuchó después con ansiedad.

Al cabo de algunos momentos, distinguió sonidos distantes y hasta creyó que pronunciaban su nombre. Un momento más y no le quedó duda.

« ¡ Iván, Iván ! » decía la voz.

— Miguel, Miguel ¿ es V. ? gritó el ruso.

— Sí, tenga V. paciencia ; pero siga hablando para que su voz pueda guiarme en estas infinitas galerías.

Era efectivamente Miguel, quien al terminar su tarea había ido en busca de Iván, no tardando en observar que su compañero se había perdido. Llamólo con todas sus fuerzas varias veces, yendo de acá para allá lleno de mortal inquietud, cuando oyó el primer disparo. Contestó con voces que no llegaron hasta donde estaba el ruso, y ya iba á lanzarse dentro del laberinto, á riesgo de enterrarse también vivo allí, cuando se le ocurrió un medio de desandar su camino.

— Ay, amigo, dijo el ruso, cuando después de mil vueltas y revueltas llegó Miguel á su encuentro y buscó en la oscuridad sus manos ; ya había perdido la esperanza de salir de aquí ; pero alabado sea Dios, V. ha venido á salvarme.

— Cójase V. del faldón de mi saco, contestó Miguel después de dar un caloroso apretón de manos á su amigo, y vayamos despacio, á fin de no chocar con los pilares y piedras que cierran el camino.

Así lo hicieron ; Miguel parecía guiarse en aquellos sombríos corredores como si los hubiese conocido perfectamente.

Al cabo de un cuarto de hora que le pareció interminable, el ruso lanzó un suspiro de satisfacción al distinguir un resplandor que anunciaba la salida.

— ¿ Cómo ha podido dirigirse V. en estos subterráneos ? preguntó á Miguel después de abrazarlo.

— Aquí está mi secreto, contestó éste enseñándole la extremidad de una pelota de hilo atado de una roca. He recordado como V. ve la mitología y la historia del *Laberinto*.

— Me ha prestado V., contestó Iván, un gran servicio, y van dos. Sin su idea habría perecido en el subterráneo.

— No, contestó modestamente el argelino, los guías están con unos viajeros en otra parte de las ruinas. Yo hubiera ido á buscarlos y de seguro habríamos acabado por dar con V.

— Ó con mis huesos, resto de la comida que los tigres habrían hecho conmigo, pues aquellos terribles aullidos...

Iván tenía razón, según dijeron los guías un poco más tarde : el singular ruido que había oído eran los rugidos de un tigre hembra y de sus pequeñuelos, que tenían su guarida en uno de los subterráneos inmediatos.

— Probablemente, añadió el guía, habrían acabado por descubrir algún camino para ir á dar con V.

Esta circunstancia estrechó mucho la naciente amistad de nuestros dos jóvenes.

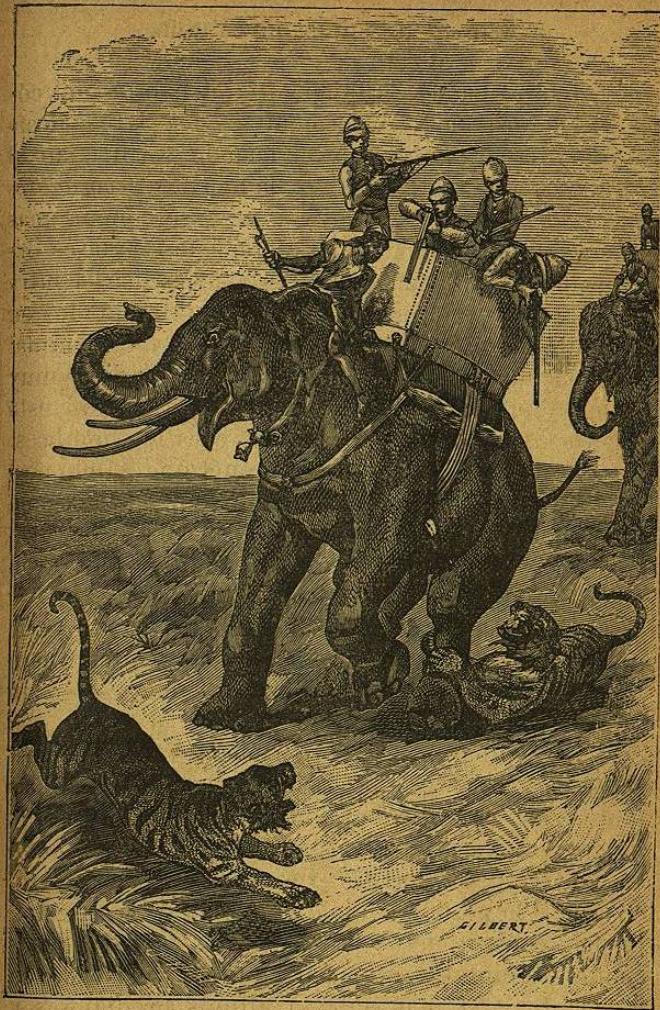
El *Laberinto* de Creta de que habla la mitología era una combinación de corredores y galerías practicadas en la roca, donde estaba, encerrado un monstruo llamado el *Minotauro*. Un héroe griego-Teseo, penetró allí para dar muerte al monstruo, *Ariadna*, hija del rey de Creta, le dió una madeja de hilo para que pudiese ir marcando su camino en aquellos subterráneos.

XCHH. — LAS PLAGAS DE LA INDIA.

— Las plagas de la India son el hambre, el cólera, los tornados, las serpientes y los tigres, decía Iván á Miguel poco después, cuando se dirigían al camino de hierro. Aquí los llaman los *devoradores de hombres*, y no sin motivo, pues se comen unas seis mil personas el año. Los oficiales ingleses organizan de tiempo en tiempo grandes batidas contra ellos. Con ayuda de los indígenas y montados en elefantes bien amaestrados, atacan al feroz animal hasta en sus guaridas. Aunque el elefante no es muy valiente que digamos, no teme al tigre; pero esta cacería es sumamente peligrosa para los hombres. En Bombay he visto yo un coronel que había perdido un brazo en una expedición de este género, en que murió además uno de sus compañeros. Cazaron durante un mes con veinte elefantes y lograron matar quince tigres.

— Comprendo, contestó Miguel, los estragos que pueden causar los tigres y las serpientes; pero ¿cómo creer que el hambre pueda conocerse en un país tan fértil?

— Sin embargo, así es y sus efectos son terribles. Á veces ocurre que los ardores del sol secan las mieses de toda una región y el hambre causa la muerte, no ya de miles, sino de millones de personas. Así ocurrió en 1877. Después venían el cólera, el tifus y la peste á completar la obra de la carestía. En las costas lo más terrible son los ciclones. Unos cuantos minutos bastan para que se desencadenen los vientos; el mar sube á alturas prodigiosas y cubre toda la llanura, llevándose las habitaciones y los habitantes. Hace pocos años se formó uno de estos tornados en el *Hugly*, brazo del Ganges que



Cacería del tigre en la India.

sirve de puerto á Calcuta, destruyó ciento cincuenta navíos y mató veinte mil hombres.

El camino de hierro se dirigía hacia el nordeste, siguiendo el cauce profundo del *Nerbuddah* ó *Narmadah*, uno de los principales ríos de la India. En las partes pantanosas se descubrían entre los cañaverales las grandes cabezas negras de los búfalos, que se ocultaban en el agua cuando pasaba el tren.

Aquellas soledades estaban pobladas en otro tiempo por el toro *salvaje*, el *yack*, el *hemión*, el *zebú*, el *cervitillo*, el antílope *nilgó*, el ciervo *axis*, cuya piel es muy bonita por estar cubierta de puntos blancos; pero dichos animales han retrocedido ante la civilización, retirándose hacia las montañas del *Himalaya*.

Por fortuna, los pavos reales no los han imitado y continúan formando numerosas manadas en los bosques de la India. Nada divertía tanto á Miguel como ver á esas magníficas aves contoneándose en los claros de la selva y en más de una ocasión hubiera querido detenerse para admirarlos.

Yack. — Cuadrúpedo parecido al buey, pero más pequeño. Tiene cuernos análogos á los de éste y una densa melena blanquecina y lanosa, que llega hasta el suelo y que suministra lana ordinaria. Su cola recuerda la del caballo. En Francia han empezado á aclimatarlo.

Hemión. — Hermoso cuadrúpedo, parecido en parte al asno y en parte al caballo; su pelo es corto y lustroso, gris claro en el lomo y blanco en el vientre, su crin es negruzca. Corre con mucha rapidez.

Zebú. — Otro cuadrúpedo análogo al buey, con dos jorobas de sebo en la cruz; los hay grandes y pequeños. Unos tienen cuernos y otros no.

Cervitillo. — Especie de pequeño corzo sin cuernos, muy montaraz y ágil, que se encuentra en las montañas del Himalaya, en el Tibet y Tartaria. Produce el *almizcle*, substancia aromática empleada en medicina y en perfumería, y que siempre ha sido objeto de importante comercio en Asia, pues los habitantes de esa parte del mundo gustan mucho de los perfumes.

XCIV. — TRABAJADORES CUADRÚPEDOS. — LAS ESTATUAS VIVAS.

También se veían de cuando en cuando algunos elefantes, pero todos ellos domesticados, pues los salvajes han abandonado esas regiones. Sirven de animales de carga y de silla á los habitantes ricos; nuestros amigos veían desfilar con frecuencia, al atravesar un bosque de bambúes, por debajo de las bóvedas de verdura que sus troncos formaban al



Rajah de viaje.

enlazarse, ó por las aguas tranquilas de una laguna poco profunda, bandas de elefantes que llevaban tres ó cuatro personas cada uno. Un hombre sentado en el cuello del animal lo guía; las demás van sentadas en una especie de plataforma colocada en el lomo. Así vieron á más de un *rajah* (príncipe) que iba á hacer sus devociones en algún templo famoso, pues en la India abundan los sitios de peregrinación y desde muy lejos acuden á visitarlos.

Una vez que iban al camino de hierro, nuestros viajeros vieron una docena de estos animales que iban y venían de la vía férrea á un depósito situado un poco más lejos y en que había elevadas pilas de maderos y tablones. Andaban en fila, uno detrás de otro, parándose por momentos para ponerse de nuevo en movimiento. « ¿Qué harán? » se preguntaron á un tiempo los dos amigos.

La explicación de este hecho singular no fué difícil. Los elefantes descargaban un tren de madera; con sus trompas cogían los maderos en los vagones y los llevaban al depósito, colocándolos unos encima de otros con la mayor regularidad.

— Esos animales llenarían de vergüenza á muchos hombres, dijo Miguel, lleno de admiración al ver lo serio de su continente, el cuidado, destreza y rapidez con que cumplían su cometido. Diríase que tienen idea de lo que mi padre llamaba la *dignidad del trabajo*.

— Por mi parte, contestó Iván, admiro la idea que han tenido aquí de utilizar los servicios de estos animales. En otro tiempo los llevaban á la guerra; ahora los emplean en la paz, cosa mucho más racional.

Se ha llegado á educar los elefantes de tal modo que ejecutan determinados trabajos. Comprende la voz y el gesto de su *cornac*, esto es, de su conductor; sabe echarse de rodillas para que éste suba con más facilidad á colocarse en su cuello, que es el mejor sitio; y se carga á sí mismo con los objetos que debe llevar. Se puede unirlo en carros, y en tiempo de guerra es muy útil para el transporte de la artillería, aunque el ruido de las armas de fuego le llena de espanto. Se calcula que presta tantos servicios como seis caballos; en los mercados de la India lo estiman mucho, y cada elefante vale centenares de pesos.

Estos paquidermos viven reunidos en grandes manadas en los bosques del Himalaya. Se les coge de diferentes modos. Lo más frecuente es que un centenar de hombres con algunos elefantes ya domesticados, organicen una batida; los elefantes salvajes, perseguidos y asustados por los tiros, son dirigidos hacia un recinto de estacas terminado en una especie de corredor tan estrecho que el animal no puede volverse, sistema análogo al que usan en sus cacerías los naturales del África meridional.

Otro método consiste en abrir cerca de los sitios donde los elefantes van á beber, grandes zanjas cubiertas de ramas, que el peso de su cuerpo rompe. El animal cae en la fosa, cuya profundidad no le permite salir por sí solo. A menudo sucede que este sistema es causa de heridas y roturas de miembros, por lo cual el gobierno de la India lo ha prohibido.

De tiempo en tiempo nuestros viajeros se bajaban del tren para tomar vistas, pues en la India abundan los monumentos curiosos é interesantes. Las ciudades, villas y aldeas que encontraban eran todas muy populosas y parecían llenas de animación.

Nuestros fotógrafos reproducían cada vez que la ocasión se presentaba estas escenas de la vida real, á la vez que los monumentos y los paisajes.

Miguel se había puesto pronto al corriente, con tanta mayor facilidad cuanto que al viajar por el África del sur había ayudado en operaciones análogas al Sr. Berton. Una vez, hallándose en los alrededores de *Narsinhpur*, dispuso su aparato delante de un pequeño templo, muy bien conservado, cuya entrada tenía como adorno unas estatuas admirables por su expresión y su vida, que representaban hombres medio dormidos, sentados en cuclillas, con la cabeza levantada, los cabellos en desorden y la mirada fija en el vacío. ¿ De qué eran, de metal, de piedra ó de mármol?

Acercóse para verlo y ¡ oh sorpresa! eran hombres, verdaderos hombres, seres vivos, religiosos indostánicos, fakires. Permanecían completamente inmóviles, bajo los rayos de un sol abrasador, con el rostro cubierto por una especie de máscara hecha con polvo y ceniza, sin que ni en su cuerpo ni en su rostro se notase el menor movimiento que anunciara la respiración. Así pasan días enteros sin comer, conservando la misma posición y sin fijarse en nada de lo que ocurre en torno suyo.

XCV. — BENARÈS. — CHANDERNAGOR. — CALCUTA.

Los viajeros llegaron á *Benarès*, la ciudad santa, que se extiende formando un gran semicírculo, á orillas del *Ganges*, el río sagrado. La religión de los indostánicos les manda que se bañen frecuentemente en sus aguas para lavar sus culpas y purificarse.

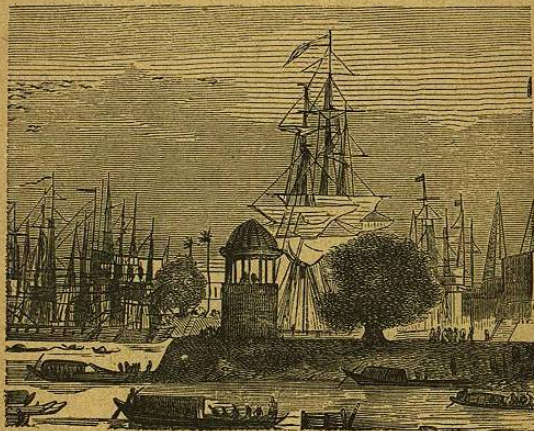
El sol acaba de salir, iluminando con sus dorados reflejos las cúpulas y pirámides de los templos que se destacan sobre el cielo. En toda la longitud de la ciudad, es decir, por espacio de varios kilómetros, hay á la orilla del río unas escaleras (*ghatts*) de altos peldaños, muy pendientes y desiguales, que están siempre cubiertas de hombres, mujeres y niños vestidos de modos diversos. Son éstos los peregrinos que de las más apartadas regiones de la India van á *Benarès* para bañarse en el *Ganges*. Al efecto penetran en el agua varias veces y luego se sientan en la escalinata para secarse, permaneciendo allí hasta que el ardor del sol les obliga á retirarse.

Nuestros amigos debían tener mucho que hacer en una ciudad que contiene más de mil setecientos templos ó mezquitas, sin contar los palacios. Sin embargo, las calles están tan llenas de hombres y animales, de camellos, asnos, bueyes y caballos, que les fué muy difícil en más de una ocasión colocar su aparato de modo conveniente; además, los habitantes, que son muy fanáticos, no veían siempre con gusto á los jóvenes convirtiendo á sus templos en simples objetos de curiosidad; así fué que en más de una ocasión tuvieron que renunciar á tomar vistas de monumentos notables.

Poco tiempo después, continuaron su viaje y pasaron el *Sona*, uno de los afluentes del *Ganges*, por

un puente de un kilómetro de largo, que es una de las obras públicas modernas más notables; se dirigían á *Chandernagor*.

Esta ciudad ha decaído mucho del esplendor que tuvo cuando *Dupleix* quiso convertirla en capital de un imperio francés en la India. Entonces entraban en su puerto centenares de buques; pero el brazo del río en que *Chandernagor* está se ha ensanchado, cegándose el puerto. Sin embargo, la población es



Calcuta.

bonita gracias á las palmeras y bosquecillos que la rodean, y entre los cuales quedan ruinas de monumentos, restos de su esplendor.

Calcuta, la capital del imperio inglés en la India que nuestros amigos visitaron después, tiene casi tanta población y comercio como *Bombay*. Rodéanla grandes plantíos de *caña dulce*, de *yute* y de *ajonjolí* ó *sésamo*. Aquí no se encontraban ya las pagodas y palacios encantados, de techos multicolores, cúpulas redondeadas y esbeltas flechas; sino como en las

plazas fuertes modernas, castillos, bastiones, reducidos, defendidos por cañones que dirigen hacia todos los puntos del horizonte sus negras y amenazadoras bocas; llamaban además la atención algunas construcciones á la europea, como el palacio del virrey y otras que extienden á lo largo de los muelles sus blancas columnatas, y por encima de las cuales se alzan las torres y campanarios de las iglesias.

Sésamo ó ajonjolí. — Planta oleaginosa cultivada en todo oriente. El aceite que se extrae de su semilla puede compararse con el de olivo y sirve para la cocina y la mesa.

Yute. — Planta herbácea que da filamentos empleados como materia textil. Se empieza á sacar mucho partido de ella.

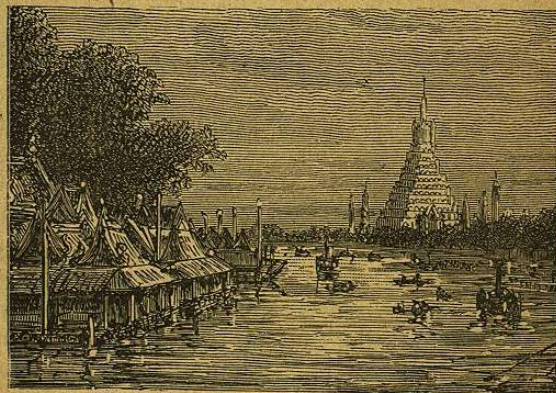
XCVI. — BANGKOK.

— Aquí no tenemos nada que hacer, dijo al día siguiente Iván después de un paseo que dió por Calcuta, mientras Miguel iba á ver si le daban algunas noticias sobre el Sr. Lytton. Primeramente, parece que hay cólera y que la gente se muere como moscas, sobre todo los forasteros; no veo motivo para exponernos á tenerlo. Además, los monumentos, sin dejar de ser bellos, no tienen carácter. Creo que debemos ir á *Bangkok*, capital del reino de *Siam*, ciudad según parece muy original, donde no faltan edificios. Allí tendremos que hacer.

Miguel no tenía tampoco motivos para desear permanecer en Calcuta, tanto más cuanto que no había encontrado al Sr. Lytton, que estaba ausente hacía tiempo para asuntos del servicio público; pero la vida errante que llevaba hacía dos meses con el joven ruso no le agradaba más que á medias y deseaba ocupación más estable. Así fué que acogió sin gran entusiasmo la proposición de ir á Bangkok.

— Hace V. mal en vacilar, le dijo Iván. Oiga lo que dice un librito que acabo de comprar :

« La ciudad de *Bangkok* se extiende en parte sobre un magnífico río, el *Meinam*, muy ancho en ese punto y en parte sobre la tierra firme. Nada más extraordinario para la vista que la multitud de techos de singulares formas, las cúpulas superpuestas, las pirámides doradas, los campanarios, las agujas cubiertas de lozas esmaltadas y multicolores ó de cristales resplandecientes que hay en Bangkok. Estos edificios se extienden entre bosquecillos sobre



Bangkok.

que se alzan los elegantes penachos de las palmeras y de los cocoteros. La ciudad está cruzada por numerosos canales que hacen de ella una *Venecia oriental*, y el principal medio de circulación son las piraguas.

» Entre las cosas extraordinarias que se ven en ella hay un *Buda* del tamaño de un hombre, de oro macizo, cuya cabeza está formada según cuentan por una sola esmeralda.

» En una de las pagodas hay otro Buda de cincuenta metros revestido de oro finísimo.

» Los templos están al cuidado de unos sacerdotes llamados talapuinos, que llevan largos trajes amarillos y, como signo de dignidad, abanicos de hojas de palmera. »

— ¿ No desea V. ver tantas maravillas ? preguntó Iván poniendo fin á su lectura.

— Sí, pero siga V. leyendo, contestó Miguel que miraba por encima del hombro de su compañero.

« Por desgracia, en torno de esos suntuosos edificios reina la más repugnante suciedad : en el lodo se refocilan bandas de perros vagabundos, de gansos y cerdos y hay barrios que exhalan olor nauseabundo. »

— Es apetitoso, añadió el argelino riéndose.

— ¿ Qué importa esto cuando se viaja ? contestó su compañero. Además, oiga V. lo que dice el libro sobre las cuadras.

— ¿ Cuadras ?

— Sí.

« No contienen caballos, sino elefantes domesticados, educados para la guerra y que hacen en consecuencia el ejercicio ; hace cincuenta ó sesenta años hubo hasta seis mil de estos animales en los dos ejércitos combatientes. »

— Ya hemos visto elefantes trabajando, replicó Miguel, cosa tan interesante como el ejercicio.

« También hay elefantes blancos, siguió leyendo el joven ruso, sin que la visible indiferencia de Miguel le desconcertase. Estos animales son sumamente raros. En el reino de Siam creen que en sus cuerpos se ha alojado el alma de un gran rey y les tributan honras extraordinarias. Tienen rentas, y los días de fiesta llevan, como los grandes personajes, quitasoles de muchas varillas. Cuando el viajero francés Dumont d'Urville visitó esas cuadras, contenían seis elefantes blancos. Cada uno ocupaba un establo se-

parado y tenía diez mozos á su servicio. Los colmillos de los machos estaban adornados con campanillas de oro y en lo alto de la cabeza ostentaban una redecilla de mallas de perlas. »

— ¿ No le gustaría ver esos animales ? agregó Iván, parándose otra vez.

— Nosotros no somos almirantes, como Dumont d'Urville, contestó riéndose Miguel, y es de temer que no nos enseñen esas curiosidades. Por esto prefiero ir á Saigón, colonia francesa, donde espero encontrar ocupación.

— Iré yo solo, pero esto no impedirá que nos digamos adiós como buenos amigos, dijo Iván tendiendo su mano á Miguel, que la estrechó cordialmente.

XC VII. — SAIGÓN Y LA COCHINCHINA.

Saigón es la capital de la parte del *Cambodge* que se llama en la actualidad *Conchinchina francesa*.

Este reino, formaba antiguamente parte del *imperio de Annam*, lo mismo que el *Tonkín*.

Á fines del siglo XVIII fueron á Cochinchina unos oficiales franceses, contratados por el emperador annamita de entonces, instruyeron y disciplinaron el ejército del país, construyeron castillos en *Hué*, en *Saigón* y el *Tonkín*, crearon fábricas de cañones, y ayudaron al soberano á librarse de sus enemigos.

Mucho más tarde ocurrió que unos cristianos que habitaban el *Annam* fueron perseguidos por las autoridades, y el gobierno francés mandó barcos de guerra á exigir satisfacción. Uno de ellos, el *Catinat*, se apoderó de las fortalezas de *Turán*, cerca de *Hué* y obligó al emperador *Tu-Duc*, que reinaba entonces, á pedir la paz y abandonar á Francia tres provincias